

SOCIEDAD Y ESPACIO SOCIAL: TRES ACERCAMIENTOS A UN DEBATE*.

Joël PAILHÉ
Universidad de Burdeos-III

(*) Se reúnen bajo este título tres conferencias integrantes de un ciclo organizado por el Departamento de Geografía Humana de la Universidad de Granada en Marzo-Abril de 1987. Traducción de Arón Cohen, Departamento de Geografía Humana (Granada).

MARXISMO Y ESPACIO SOCIAL: CUESTIONES PARA UN DEBATE.

¿Es posible un encuentro entre marxismo y espacio? ¿En qué terreno? ¿Campo neutral o, como en las copas de Europa, a doble partido?

Durante mucho tiempo la cuestión ni siquiera se planteó. En la medida que la Geografía se definía esencialmente como una práctica, no parecía necesario atiborrarse de reflexión teórica sobre el espacio. Como mucho, se decía, el análisis marxista se podía concebir en el dominio de la Historia, pero la relación entre marxismo y espacio se consideraba nula. Del otro lado, un cierto dogmatismo reductivo, particularmente en los años 50, pudo tentar a más de uno a relegar el análisis geográfico a las tinieblas de la “ciencia burguesa”. Como las desigualdades espaciales son producto de relaciones de producción capitalistas, parecía fácil, en un impulso optimista, proclamar el fin de la Geografía con la victoria del proletariado.

Hoy todo esto parece lejano. El dogmatismo retrocede –aun cuando nunca una conquista es definitiva– y los que se reclaman del marxismo pierden el reflejo de protegerse detrás de la cita utilizable en el momento oportuno como argumento de autoridad. En el mundo de los geógrafos el empirismo confortable también pierde el terreno, al tiempo que viste de modernidad “cuantitativista” algunas de sus prácticas. El mundo cambia. Tanto en el campo como en la ciudad lo que se creía inmutable se pone en movimiento. La crisis económica, el paro, la pobreza en los países ricos no pueden negarse invocando un supuesto carácter “coyuntural”, que no afectaría a las grandes permanencias. Los demógrafos tienen hijos, los economistas tienen su presupuesto que gestionar. También los geógrafos tienen la experiencia de su propia situación social, en los aparatos universitarios, frente a las políticas estatales en materia de investigación. Considero inútil, aquí y ahora, suministrar ejemplos. Son conocidos.

A esto se añade –en Francia, pero también en otros países como el mismísimo Japón– un fenómeno paradójico que se sitúa en el corazón de mi propósito. Numerosos trabajos, en particular sobre el espacio urbano, se realizan en un marco profesional el de los centros de investigación, por cuenta de diversos aparatos del Estado. Estos trabajos, algunos de los cuales se realizan en una perspectiva marxista, como es el caso de los del Centre de Recherche d’Urbanisme de París, son, pues, financiados por el aparato estatal. Parece como si en una sociedad enferma, una fracción de la clase dominante recurriera a médicos de un nuevo tipo ante el fracaso de los otros. Esta cuestión, que se engloba en el problema más vasto de la relación entre investigación y sociedad, se plantea de modo más agudo en el dominio del espacio, pues éste no aparece ya como el “marco” del lienzo, sino como un campo de fuerzas, de objetivos encontrados en todas las esferas: edificio, barrio,

regiones, provincias, migraciones internacionales, relaciones de dominación. La lista es larga.

El encuentro entre marxismo y espacio no debe nada al azar del calendario de copa. Lo necesita el mundo actual. Sin que queden puntos en penumbra y con todas las dificultades que entraña. Un vistazo retrospectivo se impone, en primer lugar, para recordar la concepción del espacio en la tradición marxista. Se abordarán después las cuestiones actuales, con la importancia creciente de los problemas ligados al espacio y las relaciones sociales.

I. Algunos análisis concretos.

A quienes repiten que el marxismo no tiene en cuenta las dimensiones espaciales de los procesos económicos y sociales se les podría aconsejar la (re) lectura de algunos textos relativos a análisis de situaciones concretas, en los que se desarrollan algunas cuestiones que son de una sorprendente relevancia en la actualidad. Retendré tres, de dimensión desigual: *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y el breve texto, inacabado, de Gramsci consagrado a “algunos temas de la cuestión meridional”.

I.1. “*La situación de la clase obrera en Inglaterra*” o las desigualdades socioespaciales.

Llegado en viaje “de negocios” a Inglaterra y a ese Manchester corazón del capitalismo industrial, Engels nos da cuenta, en directo, de las condiciones de trabajo y de vida de los obreros ingleses. Lo que importa aquí es la lectura geográfica de *la situación de la clase obrera en Inglaterra*. Al fin y al cabo la obra de Engels no es la primera en su género. En 1840, por ejemplo, apareció en Francia el célebre “tableau” de l'état physique et moral des ouvriers dans les manufactures de coton, de laine et de soie” de E. Villermé. La aportación de Engels reside, en primer lugar, en el punto de partida utilizado: la renovación industrial y su proceso de proletarización, que erige al proletariado en clase estable, en lugar de etapa transitoria, como en el modelo de trayectoria social del artesano, entre el oficial asalariado y el artesano por cuenta propia. En segundo lugar, las numerosas anotaciones espaciales van más allá de los simples estudios de casos localizados. En efecto, Engels analiza un proceso socioespacial, con la concentración de la clase obrera en las ciudades y en determinados barrios urbanos. De ahí la atención a la descripción de la vivienda, de la imbricación del espacio edificado y el tejido industrial, mostrando que las oposi-

ciones de clase se proyectan en el espacio y que el efecto de exclusión (y de segregación socioespacial) juega un papel en la afirmación de la conciencia de clase. El espacio aparece como soporte de las relaciones sociales de la producción, pero también como la traducción de las desigualdades ante la enfermedad y la muerte. El reagrupamiento de los datos sobre mortalidad en varios condados-muestra definidos según sus características (Essex, "agrícola-cenagoso"; Preston, "ciudad industrial") pone claramente al descubierto la profundización de las desigualdades fuera de la esfera del trabajo, se trate de la mortalidad infantil o de la mortalidad de adultos en su espacio de residencia. Harán falta más de 80 años a la sociología urbana y más de un siglo a la geografía urbana para desarrollar las investigaciones en esta vía.

I.2 "El desarrollo del capitalismo en Rusia" o la explotación diferencial del territorio.

En el prefacio a la primera edición del voluminoso *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, Lenin plantea la cuestión principal del libro: ¿cómo se forma el mercado interior en el capitalismo ruso? Una vez más, si dejamos de lado los puntos teóricos y la polémica con las concepciones populistas de la época, para concentrarnos en una lectura geográfica, podremos apreciar la atención prestada a la descripción de la descomposición del campesinado, a través del tratamiento —con los medios de la época— de un importante aparato estadístico, que pone en evidencia la diferenciación regional de la agricultura rusa. Señalemos al respecto que Lenin utiliza los datos estadísticos oficiales sometiéndolos a crítica, haciendo aflorar incluso aquello que pretenden enmascarar: la división territorial del trabajo deriva de la división social del trabajo y no de simples aptitudes regionales (de clima, de suelo...). El trabajo de análisis de las estadísticas saca a relucir las transformaciones sociales del campesinado, prestando una atención muy particular al estudio de las migraciones. Estas son integradas como un elemento de la formación del "mercado interior de trabajo", con la *movilización* (en el sentido militar del término) entendida como proceso de reproducción social (paso del obrero agrícola al proletariado industrial, reforzando la "asalarización" de las regiones de destino y "liberando" mano de obra de las regiones de partida.

Las diferencias espaciales aparecen así como *formas de una explotación diferencial del territorio nacional*. Estamos muy lejos de la "región natural" o de la "región histórica", objeto de las atenciones descriptivas de los geógrafos de comienzos de siglo. La región es un área de acumulación de capital, se integra en una estrategia de la que la movilidad de la población es uno de los elementos, y no de los menores.

1.3 La "cuestión meridional" o la región, instancia de la formación económica y social.

En un texto de 11 páginas, no terminado en el momento de su detención el 8 de Noviembre de 1926, Gramsci desarrolla algunos temas de la cuestión meridional. La puesta de manifiesto de un "bloque agrario" constituido por tres capas sociales —la gran masa campesina, los intelectuales de la pequeña y mediana burguesía rural, los mayores terratenientes y los grandes intelectuales— conduce a Gramsci a realzar los rasgos específicos del Mediodía italiano. Los caracteres diferenciadores respecto al Norte recorren a todas las categorías de la población: el ejemplo del párroco es revelador: hijo de artesano o de campesino en el Norte, ligado a la población; antagonista de la masa campesina en el Sur. La breve reflexión sobre los intelectuales (retomada en otros textos) es un elemento suplementario para poner de manifiesto los rasgos de un *espacio dominado* y, más generalmente, para plantear la cuestión de la existencia de una formación económica y social regional, en una esfera inferior a la del Estado-nación, y de su grado de autonomía relativa. Aquí el Mediodía no es esa retahíla de "características locales" a veces descritas en términos de "tipos" pintorescos (el napolitano, el siciliano, o, fuera de Italia, el andaluz, el corso, el alentejano), sino un territorio que juega un papel en la reproducción de las relaciones sociales (no sólo de producción; el elemento cultural también cuenta). Es, pues, un nuevo acercamiento a la región lo que se propone. Habrá que añadir, de cara a nuestra práctica geográfica, que los datos estadísticos producidos por los censos se fundan en conceptos nacionales. Su aplicación al escalón regional muestra ciertamente diferencias en números y porcentajes. Pero, además, se plantea la cuestión de las diferencias de contenido. Gramsci establece la diferencia entre los intelectuales del sur y del norte y el papel del sur como reserva de funcionarios, profesionales dejadas de lado por los intelectuales del norte. Trasladémonos a nuestros días: leemos estadísticas sobre "agricultores cultivadores", "asalariados agrícolas", "cuadros", obreros, etc. Una de las tareas de la geografía es la de analizar también las diferencias de contenido de las categorías estadísticas en sus aplicaciones localizadas.

En estos análisis concretos no se nos proponen conceptos nuevos. Pero la lectura geográfica descubre en ellos pistas de investigaciones que recorren cuestiones que, seamos o no marxistas, encontramos en nuestro camino.

Terminemos este recordatorio con unas observaciones que llevan la firma de Karl Marx, en las que se expone el "método de la economía política", célebre texto de 1857. Reemplacemos economía política por geografía y tendremos la ordenación de rigor en tantos trabajos de geógrafos clásicos: "Si consideramos un determinado país desde el punto de vista de la economía política, empezamos por estudiar su

población, la división de ésta en clases, su repartición en las ciudades, en el campo, a orillas del mar, las distintas ramas de la producción...” Marx refuta precisamente esta presentación, pues para él es la “representación caótica del todo”. El análisis de la población debe estar precedido por el del capital y el trabajo asalariado, el de la propiedad territorial y el de las relaciones recíprocas entre todos estos elementos. Las cuestiones de distribución espacial ya no figuran, por consiguiente, en la “poleposition”, como en la salida de las pruebas de los Grandes Premios de Fórmula I. Indirectamente, lo que se plantea es la relación entre sociedad y espacio.

II. ¿Negación del espacio?

II.1 *El capital y su espacio.*

En un texto publicado hace ahora 10 años en *L'Espace Géographique*, Paul Claval reconoce que la obra de Marx contiene un gran número de relaciones espaciales, al ser siempre sus análisis localizados y situarse en una perspectiva histórica. La *Ideología Alemana* constituye el ejemplo más frecuentemente citado, con la división entre ciudad y campo: “la ciudad es el producto de la concentración: de la población, de los instrumentos de producción, del capital, de los goces y las necesidades, en tanto que el campo evidencia el hecho opuesto, el aislamiento y la dispersión. La oposición entre la ciudad y el campo sólo puede existir en el marco de la propiedad privada”. Voy a permitirme una breve observación sobre esta última frase. Es “oposición” lo que Marx escribió. Ahora bien, parece que esta palabra ha sido escamoteada en más de una exégesis y ello ha tenido –como se sabe– consecuencias dramáticas en la historia, con las iniciativas de la política estaliniana en el campo y, más recientemente, las aberraciones camboyanas de supresión pura y simple de la ciudad y éxodo forzoso de sus habitantes. Digo esto porque no se juega con citas extraídas de una lectura rápida.

Vuelvo al texto de P. Claval, que aún refutando globalmente el marxismo, mantiene una cierta distancia y cuidado en el tono, aunque el aspecto polémico no esté excluido en cuestiones que no deben ser tabú para nadie y menos para los marxistas. P. Claval muestra que la evolución del pensamiento de Marx se acompaña de un abandono de las referencias espaciales, señaladamente en su análisis central sobre el valor, cuyo carácter “abstracto” se acomodaría más a la consideración de la dimensión espacial. A partir de aquí, el marxismo, según Claval, parece “integrar” mal cuestiones importantes como el coste de los transportes, sin embargo –considera– primordial en el siglo XIX, y así concluye en “la imposibilidad de construir una ciencia espacial desde un sistema cuya lógica ignora el espacio”. En consecuencia, los trabajos de quienes se refieren al marxismo para analizar las rela-

ciones entre sociedad y espacio no son en absoluto convincentes. Para él, la renovación de la práctica geográfica debe venir de otros rumbos.

Sin entrar a refutar las tesis propuestas por P. Claval (otros ya se han aplicado a ello con más o menos éxito, como testimonia la respuesta del “collectif des chercheurs de Bordeaux”, publicada a continuación de su texto), debe reconocerse que P. Claval plantea de una manera ambigua un verdadero problema y que, tal vez sin pretenderlo, le da solución. Ni el *Capital* es un estudio de la formación económica y social inglesa del siglo XIX, ni es el espacio lo que divide a la sociedad en clases. Como apunta Jean-Philippe Pfertzel en un artículo de la revista *Espaces-Temps*”, el objeto del estudio de Marx es otro: quiere definir cómo se produce el capital en el interior del modo de producción capitalista puro”. En definitiva, reprochar al *Capital* el hecho de no ser una teoría espacial equivaldría a objetarle que no incluya un “cuadro de las clases sociales”, con el pretexto de que el capítulo titulado “las clases sociales” del libro III no pasa de ser un breve esbozo.

En suma, el “espacio ausente” del *Capital* es simplemente el espacio de los economistas espaciales, una superficie que se consume pero que no se produce (renta del suelo) o un conjunto de puntos que permiten dibujar flujos, redes, bases de una teoría de la localización de las empresas al menor coste. No hay teoría espacial, no hay análisis espacial en Marx porque no hay un espacio en sí.

Sin embargo, el espacio de las relaciones sociales y de las fuerzas productivas no está excluido del *Capital*. Es parte integrante del complejo espacio-tiempo: en los análisis del paso de la producción mercantil a la producción capitalista, de la evolución de la tasa de beneficio, de la división del trabajo y, sobre todo, de la renta del suelo. En este complejo el tiempo tiene primacía sobre el espacio; éste es concebido históricamente, como históricos son también los modos de producción. Por consiguiente, si el concepto de temporalidad diferencial aflora de manera perceptible en el *Capital*, el de espacialidad diferencial se expresa “en hueco”. Ello no obsta para que el *Capital* sea susceptible de una lectura geográfica, aún cuando ésta no resulte tan cómoda como en los análisis antes citados.

Por supuesto, mi intención no es saltar tras cada anotación espacial intentando demostrar a toda costa la importancia acordada al elemento espacio por Marx, para confundir a sus detractores. No soy el abogado defensor, aunque algunos sientan vocación de fiscales.

II.2. *Espacio y espacio social.*

Sigamos entre los textos fundamentalmente –pero no para recrearnos en el debate académico ni para buscar protección en una lectura “bíblica” de las grandes obras– y partamos de la base de la concepción materialista del espacio, que es la del marxismo. En el pensamiento filosófico occidental clásico, el espacio es una representación necesaria *a priori* que sirve de fundamento a todas las percepciones exteriores. No cabe figurarse que no haya espacio. Para Kant, como para Leibniz, el espacio (como el tiempo) no existe más que en relación a los objetos. El espacio es la ordenación de las cosas que coexisten y el tiempo la ordenación de las cosas que se suceden. En los textos escritos por Engels (*Anti-Dürhing*) y Lenin (*Materialismo y empiriocriticismo*), el espacio, como el tiempo, es una forma de existencia de la materia, un dato objetivo, independiente de la percepción. Pero esta concepción, de carácter muy general, tiene implicaciones teóricas y prácticas de una gran importancia. De una parte, el espacio se concibe en términos de relaciones, una estructura de manifestaciones de otras estructuras naturales y sociales. En este último caso, se plantea la cuestión de la relación entre sociedad y espacio. Si el espacio es un modo de existencia de la materia, no tiene más existencia que por la materia que lo ocupa. Así, el espacio social no es otra cosa que la dimensión espacial de la sociedad a lo largo y ancho de la superficie terrestre. El espacio social no se “produce” como un objeto que podría no existir. El espacio ocupa una posición secundaria en el sistema social, pues es efecto y, secundariamente, causa. Nos limitaremos a un único ejemplo: es la división social de una ciudad la que entraña la existencia de barrios burgueses y barrios populares y no a la inversa.

Ahora bien, el espacio social no puede entenderse como la mera proyección en el espacio de los fenómenos sociales. En efecto, todos pueden ser cartografiados: el empleo y sus ramas de actividad y el paro, los matrimonios y los divorcios, los nacimientos según la edad de la madre y la causa de defunción, la producción de trigo y el consumo de alcohol. El espacio social es un modo de existencia de las sociedades que juega un papel activo en el proceso de reproducción y de transformación del sistema social global. Se infiere de esta noción que la relación entre sociedad y espacio es histórica. Del carácter histórico del espacio social se deriva que su importancia es variable. Como ha señalado Alain Lipietz, “los marxistas se han asomado al problema del espacio cuando la relación entre exploradores y explotados ha adquirido una dimensión espacial”. Sucedió lo mismo con la cuestión del Estado y su modo de intervención en las relaciones sociales. La profundización de la división social del trabajo trae consigo una división cuyo motor no está ya en las “condiciones naturales” (proximidad de las fuentes de energía y de las materias primas), sino en las estrategias del capitalismo contemporáneo, señaladamente, en el período

actual de crisis profunda y durable, una de cuyas armas es el nuevo despliegue industrial: cierre de instalaciones, desindustrialización, búsqueda de reservas de mano de obra. El campo del encuentro entre el marxismo y el espacio social se sitúa, por consiguiente, en las cuestiones actuales del desarrollo del capitalismo contemporáneo. Y este campo no tiene nada de neutral.

III. El espacio de las relaciones de producción, de los intereses de los conflictos.

No es éste el sitio para extenderse sobre las importantes contribuciones de investigadores que se reclaman marxistas y que orientan sus investigaciones hacia la dimensión espacial de las relaciones sociales: geógrafos, pero también sociólogos, urbanistas, economistas. Abordaré más bien algunos temas que relacionan directamente marxismo y espacio social. Sin negar la importancia que tienen (antes al contrario, pero una elección se impone), no abordaré las cuestiones de dominación, de centro y periferia a escala internacional. Me ceñiré a los problemas concernientes al Estado y la Región y, en un escalón territorial más fino, al espacio de las relaciones sociales.

III.1. El proceso de desregionalización-regionalización.

La noción de región es grata a los geógrafos. En ella vieron en el pasado el punto de observación privilegiado y la marca de la especificidad geográfica: un territorio concebido en un marco natural y que se puede dividir en unidades más reducidas (los que denominamos en Francia "pays"* , a veces llamados también "regiones", lo que acrecienta aún más la confusión). Durante mucho tiempo el discurso sobre la región se desarrolló sin referencia al Estado. Ahora bien, el Estado es también una forma de delimitación territorial, lo que plantea la cuestión clave de la articulación entre estas dos divisiones. Fundándonos precisamente en la concepción de un espacio-tiempo, podemos estimar que la categoría de región es histórica (lo que no tiene nada que ver con la noción de "région histórica"), como lo es la de Estado. Existen, pues, estructuras regionales, elementos de división territorial infraestatales reagrupados en un período determinado, donde coexisten formas heredadas del pasado y perspectivas de futuro, como la penetración del capital monopolista en

* Nota del traductor: "comarca" (natural) sería una traducción ajustada.

una comarca denominada por la pequeña producción. Estas estructuras funcionan en un sistema que de ningún modo es cerrado. Una región no es un pequeño Estado-nación. Funciona según una relación dialéctica: parte integrante de un Estado, pero dotada de un especificidad. Tampoco este sistema regional está paralizado en el tiempo: la región es un nudo de contradicciones –veladas, aparentes, explosivas–, que procede de su propio movimiento. En otras palabras, una región es un conjunto de tendencias. La expresión “vocacional regional”, tan a menudo en boca de políticos a la hora de justificar la falta de inversión y la permanencia de las desigualdades territoriales, no descansa en ningún fundamento serio. Denota una concepción fatalista, que pretende explicar el espacio por el espacio, del género de: “las Baleares son islas del Mediterráneo; su vocación es acoger a los turistas del Norte de Europa”.

Estas tendencias marcadas por la urbanización, las transformaciones sociales, la movilidad de la población son internas a la región, funcionan según su propio desarrollo, y ligadas a las evolución global de la formación económica y social. Puede decirse que el carácter histórico de la región se inscribe en las tendencias del Estado en el que se integra. Así, las sociedades precapitalistas, donde lo esencial del valor es producido por la agricultura y donde las ciudades, “punto de condensación de este valor” (según la expresión de Jacques Lévy), permitieron la primera acumulación de capital, tienen un funcionamiento territorial constituido sobre la base de regiones autónomas. La aparición del capitalismo de libre competencia se acompaña de una explotación diferencial del territorio nacional. La región se subordina a las estrategias económicas. La movilidad de la población se erige entonces, no en medio de regulación de las aptitudes regionales (salida de las regiones “pobres” hacia las regiones “ricas”), como pretende la ciencia económica y neoclásica, sino un elemento de la estrategia de acumulación de capital. En el plano social, la movilidad asegura la reproducción de las sociedades: los jóvenes trabajadores rurales que alimentan el ejército del proletariado urbano perpetúan la estructura social de las regiones de partida y refuerzan la de las regiones de destino. Movilidad del trabajo y acumulación del capital concurren para acentuar las diferencias y las desigualdades regionales y, dentro de las regiones, las diferencias y las desigualdades locales.

La extensión a escala internacional de la explotación diferencial del territorio, en el marco del capitalismo monopolista y del imperialismo, se acompaña de una tendencia contradictoria que puede resumirse en los términos desregionalización-regionalización. El papel creciente del Estado trae consigo una verdadera unificación del mercado nacional de trabajo. Ahora, con el pretexto del reequilibrio del territorio, el despliegue capitalista llega hasta invertir algunas corrientes, desindustrializando determinadas fortalezas obreras en beneficio de la búsqueda de una

mano de obra mejor adaptada a su forma de organización del trabajo (es decir menos “cualificada”, según los convenios suscritos entre patronos y sindicatos; menos reivindicativa también, sin la tradición histórica acumulada del movimiento obrero). De ahí la abundancia de los “planes de desarrollo”, la inyección de subvenciones, de ayudas a las empresas. Esta unificación tiende, pues, a borrar muchas especificidades regionales: en todas partes la agricultura retrocede; en todas partes la urbanización avanza, uniformando el paisaje de las periferias, y la estructura social a escala regional tiende a descomponerse en porcentajes poco alejados de la media nacional de obreros, de empleados, de cuadros, de autónomos. Con la crisis actual un nuevo elemento interviene en este proceso de desregionalización: el mapa del desempleo tiende a igualarse. Las antiguas regiones en crisis conocen una estabilización de sus tasas en niveles elevados, al mismo tiempo que las tasas se disparan en aquellas otras donde la crisis se agudiza, lo que explica —en el caso de la Francia de los años 80, por ejemplo— la tendencia al freno en las migraciones interregionales.

Pero a esta tendencia de la desregionalización responde otra tendencia, la de la regionalización de la crisis. La crisis económica no es únicamente la de mas ramas industriales en vías de liquidación (textil, siderurgia), sino la de un espacio regional golpeado en todos sus componentes: industrias secundarias, construcción, aparato comercial. Numerosas luchas obreras en defensa del empleo colocan en el primer rango las reivindicaciones regionales, por el mantenimiento del potencial industrial regional, para “vivir y trabajar en el país”, en defensa de la cultura regional de la que la clase obrera forma parte. Las luchas contra las crisis regionales y en defensa de la identidad regional se sitúan en el polo opuesto de las reivindicaciones nostálgicas: constituyen uno de los puntos de apoyo de una nueva regionalización que no se funde en la desigualdad, sino sobre la asunción de los problemas por los propios interesados, en función de las necesidades de la población y con el requisito inevitable de democracia a todos los niveles. En otros términos, la lucha contra la desregionalización y las crisis regionales equivale a plantear la cuestión del socialismo.

III.2. Sociedades locales: trabajo y residencia.

La división de la sociedad en clases sociales se acompaña, en la esfera local, de una distribución desigual de sus efectivos. Los buenos barrios se oponen a los barrios populares, definidos por el contenido social dominante de unos y otros.

El mero enunciado del lugar de residencia basta para *clasificar* en todos los sentidos del término: se es de Auteuil o de Belleville en París, de Chamartín o de Carabanchel en Madrid, de la Via Vittorio Veneto o de Don Bosco en Roma, de Wimbledon o de Daghenam en Londres. Del mismo modo que el marxismo no des-

cubrió la existencia de las clases sociales, tampoco ha descubierto la geografía de las diferencias sociales. Pero permite salir del carácter descriptivo de la evidenciación de esas diferencias espaciales y, sobre todo, evitar la confusión entre relaciones sociales y relaciones espaciales, yendo más allá de las falsas evidencias.

Antes que nada, analizando de una manera crítica los datos suministrados por el aparato estadístico, cuyo objetivo no es la enumeración de los efectivos. Los datos sobre las categorías sociales (en Francia “Profesión y Categorías socioprofesionales”) se fundan sobre la noción de homogeneidad social y no sobre el lugar ocupado en las relaciones de producción: una definición meramente *diferencial*, la de las categorías sociales (a partir de la denominación del oficio individual, de su estado jurídico), se opone a la definición *relacional* de las clases sociales. No puede considerarse a los datos producidos por los censos como índices de pertenencia de clase. En otras palabras, cuando se ha cartografiado la repartición territorial de los grupos sociales queda por hacer el análisis geográfico de las clases sociales.

Se plantea ahora la cuestión del lugar de las relaciones sociales: ¿lugar de trabajo, espacio directo del enfrentamiento de clase, o lugar de residencia, espacio de la reproducción de la fuerza de trabajo? En el primer caso tropezamos con la ambigüedad inherente a la palabra *lugar*: el lugar de trabajo es el establecimiento industrial, el inmueble de oficinas, el supermercado, la explotación agrícola. En este punto también, los datos producidos por las estadísticas, tanto en Francia como fuera, se establecen a partir de la circunscripción administrativa (municipio) en la que se localiza el establecimiento. Por lo tanto, el lugar, considerado geográficamente, está distanciado del lugar concreto de trabajo. Una geografía de los movimientos sociales, de las estrategias patronales de implantación de fábricas y talleres, las relaciones en el lugar de trabajo entre grupos de obreros de diferentes nacionalidades, en suma, la relación entre espacio y proceso de descomposición-recomposición de la clase obrera se efectúa en la esfera del establecimiento: descomposición en función de la parcelación de las tareas, de la multiplicación de clasificaciones, de los elementos de división (hombres-mujeres, jóvenes y menos jóvenes, nacionales e inmigrantes, solteros y con familia a su cargo), recomposición en la posición de clase y, concretamente, en la capacidad para forjar la unidad en las luchas sociales superando las divisiones. La geografía tiene algo que decir. ¿Y quién puede pretender seriamente que el marxismo no tiene nada que aportar a esta práctica?

En el caso del análisis social desde el lugar de residencia, la aportación de sociólogos urbanos tan diversos como Manuel Castells o Jean Lojkiné —entre otros muchos— ha permitido salir de una repartición de las categorías sociales sin referencia a las políticas urbanas, a la participación del Estado en el proceso de segregación socioespacial, a la profundización de los contrastes entre centro y periferia,

mostrando que la división en clases sociales se acompaña de una desigualdad del "derecho a la ciudad". La reflexión sobre la renta del suelo urbana y su diferencia de naturaleza respecto a la renta rústica ha permitido desarrollar la investigación sobre la constitución de *espacios sociales* estructurados por las diferencias entre las desigualdades sociales. Una vez más, el trabajo en el espacio de las relaciones sociales, que es también el de las luchas, el de los objetivos que se ventilan, debe ir más allá de la aplicación de los datos estadísticos, sumergiéndose en el interior de sus contradicciones: la evolución social de un barrio, por crecimiento numérico de las categorías de ingresos elevados —revelador de una estrategia de ocupación del espacio—, debe enlazarse con la proletarianización tendencial de los barrios obreros, en los que las categorías no obreras se forman con las fracciones "inferiores" de cada uno de los grandes grupos: en el barrio obrero el médico es "generalista", a lo sumo pediatra. Por contra, el cirujano reside en otros sitios.

La aproximación marxista al espacio de residencia presenta la ventaja de proporcionar armas al análisis. Evita que el espacio residencial sea considerado en términos de *estratificación social*, como se desprendería de una cartografía de los ingresos. Evita también la confianza ciega en las *medias*, para estudiar de modo más preciso las disparidades, las desigualdades, las divisiones, considerándolas no como anomalías, sino como elementos motores del espacio social.

Henos, pues, arrastrados bien lejos del "examen de ingreso" del marxismo en su relación con el espacio. Que la referencia a la "teoría de la praxis", para retomar las palabras de Gramsci, moleste a veces a quienes buscan en la geografía una justificación del orden existente, es comprensible (quiero decir referencia en los hechos, en el método de análisis, no la referencia formal de las citas hechas por distinción, o por coquetería. Esto último estuvo de moda, aunque menos en geografía que en otras ciencias sociales). Subrayemos, simplemente, hasta qué punto se ha vuelto difícil en nuestros días rechazar toda relación entre el marxismo y la práctica geográfica. Pero, reciprocamente, ¿no se puede considerar que la geografía tiene algo que decir del marxismo, más allá de la simple "ilustración espacial"? Y esta cuestión no atañe solamente a los geógrafos que se reclaman del materialismo histórico. Conciernen a todos los geógrafos cualquiera que sea la posición que adopten dentro de la geografía. Que geógrafos marxistas, o más bien que intentan serlo, se encuentren mejor armados en su análisis del espacio social no significa que éste sea su propiedad privada!

Pero, sobre todo, el encuentro entre marxismo y espacio social no se sitúa jamás en el terreno de la certidumbre altanera. Pues el marxismo no tiene nada de la teoría que tiene respuesta para todo, que encuentra solución a todos los problemas con los que tropezamos en nuestra práctica. Eso sería reducirlo a bien poco: un libro de

recetas, un sistema cerrado. En cada recodo de nuestra práctica, el marxismo no suministra respuesta. Hace bastante más, mucho más. Plantea preguntas.

GEOGRAFIA DE LA POBLACION Y GEOGRAFIA SOCIAL.

La geografía de la población ha conquistado una plaza dentro de la geografía humana. Pero si la geografía en su conjunto, igual que la demografía, es una ciencia social, existe un acercamiento geográfico a las relaciones sociales que incluye el estudio de la relación entre población y espacio.

De esta proposición se desprende un nuevo enfoque de la geografía de la población. En efecto, durante mucho tiempo la distribución de las masas humanas en el espacio terrestre y las formas de la diversidad cultural de los grupos humanos han constituido lo esencial de los estudios geográficos de la población. Los lazos con la demografía desplazaron después los centros de interés (se ha llegado a avanzar el término demogeografía). Hoy, la incorporación de fenómenos sociales en el acercamiento geográfico a la población parece evidente: a la diversidad demográfica se añade así la diversidad social.

Quisiera mostrar aquí que esta aportación no obedece a una simple preocupación enciclopédica, ni a una ambición "hegemónica" de la geografía de la población, ni siquiera a un "suplemento" social a las cuestiones demográficas, sino a una *necesidad*. Esta necesidad puede evidenciarse practicando una "simulación", por ejemplo, eliminando toda referencia a las relaciones sociales en los temas de estudio clásicos de la geografía de la población.

1. La búsqueda de los espacios demográficos.

El término espacio demográfico no designa sólo la extensión espacial de uno o varios fenómenos analizados por la demografía, de los que la cartografía pone de manifiesto sus formas de distribución. Hace referencia a un acercamiento global, que toma en consideración, a la vez, la distribución de los hechos en función de la población "expuesta al riesgo" (para el estudio de los distintos *sucesos*: nacimientos, matrimonios, divorcios, defunciones), las *actitudes* ante fenómenos como la fecundidad y las *desigualdades* (mortalidad diferencial).

1.1 Los sucesos demográficos.

A primera vista, los fenómenos demográficos se despliegan en el espacio en función de las formas de repartición de las estructuras demográficas de la población, que

evidencian las diferencias observadas en las tasas elementales, como la natalidad o la mortalidad. Las estructuras por edades y sexos se presentan como datos previos que condicionan la frecuencia de los sucesos: nacimientos y matrimonios en las regiones jóvenes, defunciones en las regiones con peso importante de la población anciana.

Incluso si nos quedamos en la mera observación de los sucesos, ya aparecen diferencias reveladoras de actitudes, es decir de prácticas. Es, por ejemplo, el caso de los nacimientos extramatrimoniales –antes “ilegítimos”–, cuya evolución numérica, generalizada al conjunto del país, perpetúa las diferencias. Relativamente poco numerosos siempre en medio rural, progresan más rápidamente en las ciudades, sobre todo en las mayores. Pero también se modifica la estructura de estos nacimientos según la “calidad jurídica” del niño, esto es según que haya sido declarado únicamente por la madre o el padre o por ambos progenitores. La primera forma de declaración registra un aumento significativo en las partes centrales de las ciudades y puede presentar una cierta singularidad en las zonas periféricas cuando políticas municipales de ayuda a las madres solteras hacen más interesante tal inscripción. Así, aparecen las modificaciones recientes de los comportamientos familiares, a las que evidentemente debe buscarse explicación más allá de los escuetos mecanismos demográficos. Asimismo, pueden observarse efectos de difusión a partir de un polo (la capital) hacia las ciudades de provincias y después hacia el campo, de sucesos *sociodemográficos* (nacimientos extramatrimoniales, divorcios) que ocupan casi un lugar entre los elementos de diferenciación territorial.

1.2 Los fenómenos: el recurso a los métodos comparativos.

Tan pronto se analizan los fenómenos demográficos en el espacio se plantea la cuestión de las permanencias y las transformaciones. En efecto, la fecundidad, la mortalidad infantil y la mortalidad comparativa presenta diferencias a nivel regional y a nivel local. Las comparaciones respecto a la media nacional deben ser consideradas según la escala estudiada: sería erróneo asimilar una media a una suerte de “ideal” a alcanzar y reducir las desviaciones regionales a “adelantos” o “retrasos”. Tanto más cuando se trata de las desviaciones observadas a nivel local. Tampoco cabe “inquietarse” ante la desigualdad de la distribución de la población: la existencia de la ciudad y el campo en tanto que formas de localización de la población implica esa “desigualdad”, que es de naturaleza diferente que una desigualdad social.

Los métodos comparativos (aplicando las tasas de la población de referencia, por ejemplo, la del país) permiten *situar* las regiones y los escalones intermedios, poniendo en relación desigualdades demográficas y desigualdades sociales. Que el

índice comparativo de mortalidad de una ciudad turística sea 85 por ejemplo (para una media nacional de 100) y el de un núcleo minero 125 representa una condición previa para una investigación sobre las causas de las diferencias de mortalidad. Los datos relativos a las causas de defunción, cuando existen para escalones pequeños como el de una ciudad, pondrán de manifiesto los aspectos socioespaciales de la mortalidad: accidentes o enfermedades ligadas al trabajo, por ejemplo, en una ciudad industrial. Pero una observación de la mortalidad comparada a todas las edades revelará además la importancia de los óbitos no directamente ligados al trabajo (mortalidad infantil, mortalidad de ancianos), lo que demuestra que la desigualdad espacial ante la muerte es una cuestión que tiene que ver con la *sociedad global* y no únicamente con el peso numérico de las categorías más expuestas a los riesgos. Aquí también, la perspectiva exclusivamente geográfica conduciría rápidamente a una simple descripción del fenómeno, sin llegar a interpretarlo. No existen, por consiguiente, espacios demográficos "puros". Las diferencias espaciales están subordinadas a las formas de desigualdad social. Las discontinuidades observadas no expresan sólo el paso de una estructura a otra (por ejemplo, las áreas de fuerte fecundidad y las de débil fecundidad), sino también relaciones de complementariedad (ciudad central y periferia, conjuntos urbanizados y campos circundantes).

2. Dinámica de la población, dinámica del espacio.

2.1. Movilidad.

La geografía de la población no estudia partículas animadas de movimiento. El análisis se aplica a seres vivos. Esta afirmación, de una evidencia banal, debe considerarse en todos sus extremos. Así, los estudios de las migraciones a partir de la noción de *migrante resultante* (persona censada en un lugar y residente en otro cuando se realizó el censo precedente) no tienen en cuenta los desplazamientos habidos entre las fechas de observación y clasifican —por convención— entre los migrantes a sus hijos (aunque hubieran nacido en el lugar donde son censados). Sin embargo, no cabe lamentar la pérdida de información por la ausencia de datos estadísticos sobre todos y cada uno de los cambios de residencia de los individuos (que plantearía graves problemas a las libertades individuales), pues, en definitiva, el análisis de la movilidad geográfica no es una contabilidad maniática de los desplazamientos, sino la búsqueda de espacios migratorios y, sobre todo, el análisis de las poblaciones migrantes —comparadas en su estructura a la población no migrante— y de su efecto en el movimiento global de la población (cambios de comportamiento, identidad social o modificaciones).

La geografía de la población es, por consiguiente, la de la movilidad. Suele decirse que un trabajo geográfico está “superado” desde el momento mismo en que se escribe, pues es evidente que la población no espera a que el investigador haya terminado su trabajo para reemprender el movimiento. Pero no solamente el número de hombres y de mujeres evoluciona; también las estructuras demográficas y las estructuras sociales. La geografía debe, pues, resolver la cuestión –de apariencia contradictoria– de captar los movimientos de la población sin perder en su empeño un distanciamiento indispensable para todo análisis que no se limite a una producción de informaciones ni se reduzca a una carrera (siempre perdida) por la última cifra. Aquí también, la integración de la población en la sociedad hace posible no quedarse en la superficie de la mera producción de informaciones. La movilidad de la población o su no movilidad es la traducción en el espacio de las transformaciones sociales.

2.2 *El individuo y el grupo: el ejemplo de los hogares y las familias**

El lazo que vincula la geografía de la población a la geografía social es el análisis de los grupos humanos. El individuo no es el objeto de la geografía de la población. Ni en singular ni en plural. Cuando establecemos mapas de distribución de los fenómenos demográficos o de los flujos migratorios, no estamos trabajando con agregados de individuos, sino con grupos.

En este sentido, el análisis de las relaciones entre familias, hogares y espacio es muy rica en enseñanzas. Por ejemplo, en el análisis de las estructuras por edad y sexo de una población debemos mantener presente una idea sencilla: la distribución de los niños está estrechamente ligada a la de los grupos de edad adulto, los de sus padres. Recíprocamente, la estructura de las familias y de los hogares debe considerarse como un análisis de estructuras demográficas, reducidas al promedio de personas que comparten un mismo alojamiento, intervenían poco como objeto de la práctica geográfica. También en este terreno la sociología ha tomado una considerable delantera. La familia y el hogar constituyen la forma más elemental de distribución espacial de la población según un gran número de situaciones: personas que

* N. del T.: Mantenemos la distinción que expresan, en francés, las palabras *famille* (vínculo originado en un proceso de reproducción) y *menage* (unidad de vivienda), de acuerdo con la versión en español del *Diccionario Demográfico Multilingüe* (2ª ed. a cargo de G. A. Masciò, UIECP-Centro Latinoamericano de Demografía, Bruselas, Ordina, 1985, pp. 19-22).

viven solas (mayores o no), parejas, personas y un ascendente, persona sola con hijo (s) (familia monoparental), matrimonio e hijo (s), familia amplia con cohabitación de varias generaciones, grupos que incluyen personas ajenas a la familia (personal de servicio, asalariado agrícola), etc. Se pueden tratar todas las informaciones mediante el análisis factorial. Se proyectan sobre unos ejes los distintos tipos de hogares; uno atenderá al número de personas por hogar, oponiendo las personas solas a las familias numerosas; el segundo opondrá las familias complejas a las monoparentales. A estos tipos proyectados en el gráfico corresponden territorios específicos: "modelo" del País Vasco rural para las familias complejas, centro urbano para las personas mayores solas, periferias urbanas para los matrimonios con uno o dos niños (con presencia de familias monoparentales), centros turísticos para los matrimonios mayores sin niños... Hay aquí un muy vasto campo de análisis, que constituye el aporte específico de la geografía —con la dimensión espacial— a las investigaciones de todas las ciencias sociales sobre la familia y la sociedad.

2.3 La población en los procesos socioespaciales.

Los diversos temas de estudio de la población nos llevan enseguida a las masas humanas y la sociedad. Recíprocamente, el análisis de la relación entre sociedad y espacio se efectúa en términos de población. Como se ha visto, las investigaciones sobre la movilidad toman a los migrantes como objeto de intervención; las que tratan del empleo y el paro se fundan sobre la noción de población activa.

Esta última se sitúa en el primer rango para el análisis de los cambios socioespaciales y de sus motores. Está claro que no se trata de "eliminar" del campo social a las personas consideradas no activas por la estadística. Pero no lo es menos que la distribución de la población activa constituye el elemento fundamental de las diferenciaciones socioespaciales, de los fenómenos de segregación social de los barrios urbanos (el estudio de la profesión el perfil social del barrio que se desprende de la distribución de los activos), o en la determinación de "espacios campesinos" en el medio rural. En suma, la población activa no puede aparecer como una simple población dentro del efectivo social total, sino como un punto de observación capital en el análisis de los procesos socioespaciales. Por este término designamos la unidad compleja entre la sociedad y su despliegue espacial, en su trayectoria temporal, del nacimiento a la muerte, pasando por la entrada en y la salida de la población activa y las migraciones asociadas a los sucesos demográficos (matrimonio) o al trabajo.

Ni se debe diluir la población activa en la población total, ni tampoco circunscribir a ella los motores de los procesos socioespaciales, sin referencia a los no activos, que, a su vez, son en gran medida, futuros o antiguos activos.

En cada etapa de la investigación en geografía de la población nos encontramos con las relaciones sociales. Sería imposible evitarlas aun queriendo conservar la especificidad de una "geografía demográfica", que dejara para la geografía social la totalidad del campo de estudio del espacio de la sociabilidad y de las relaciones de producción. Este "encuentro" necesario es la prueba de que no existe ninguna "población en sí", desconectada de la sociedad. En lo que concierne a las especialidades de cada dominio de intervención en ciencias sociales, podemos concluir que la geografía de la población no es una rama autónoma de la geografía humana, sino que se sitúa en el interior de la geografía social, de la que es una de las componentes esenciales. Recíprocamente, la población es el intermediario obligado para el análisis de la relación entre sociedad y espacio.

LO POLITICO, LA POLITICA Y EL ESPACIO: ¿GEOPOLITICA O GEOGRAFIA Y POLITICA?

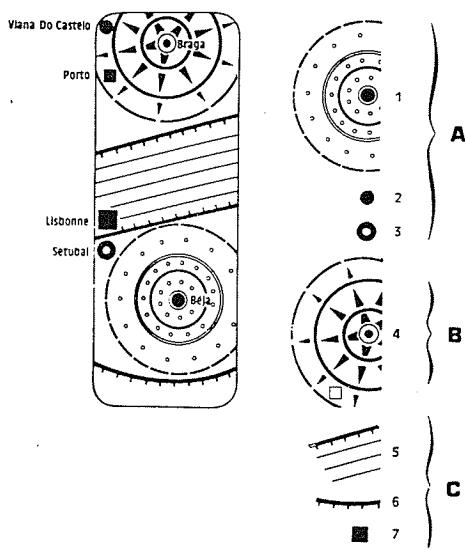
Durante mucho tiempo la geografía ha abordado el dominio de lo político con gran prudencia. Tema tabú en los trabajos universitarios, la política aparecía en hueco, en los silencios de los estudios urbanos, rurales o regionales. En la esfera de los estados, la geografía conoció algunas desventuras con la geopolítica, muy apreciada en Alemania y "recuperada" (la palabra no estaba aún de moda) con fines ideológicos de reivindicaciones territoriales hechas "en nombre de la Geografía" (fronteras "naturales", áreas de extensión de pueblos y culturas), de afirmación de superioridad o de justificación de la explotación colonial. Ahora el vocablo geopolítica conoce una nueva juventud fuera del ámbito de la geografía. Se editan atlas geopolíticos que explican las tensiones internacionales, los "puntos calientes" del globo (Oriente Medio, América Latina, Afganistán), y que ponen de relieve las posiciones estratégicas (repárese que en el lenguaje mediático, todo país menciona por el especialista de política exterior se encuentra siempre "en una posición estratégica").

Es a nivel infranacional donde las cuestiones que relacionan geografía y política cobran mayor interés. La geografía ha acumulado un gran retraso respecto a la sociología política. Esta última cubre tanto el ámbito electoral como el de las prácticas de los partidos, de sus miembros, de su inserción en la sociedad. La sociología política trabaja esencialmente sobre un "eje vertical". La utilización de sondeos, el dominio de las operaciones de simulación de voto (tan útiles, los días de elecciones, para proporcionar desde el mismo cierre de los colegios electorales los "avances" que se van afinando en el transcurso de la velada) consideran como secundarias las cuestiones de distribución territorial. Ciertamente, se levantan mapas electorales

que sirven para disertar sobre las permanencias, las mutaciones, los deslizamientos del electorado, pero estos análisis se entienden siempre como la aplicación localizada de fenómenos estudiados a nivel nacional. A lo sumo, se admite la existencia de “situaciones locales”, de feudos electorales de notables carismáticos de “fortalezas” del electorado obrero. También se pueden observar que con las campañas de televisión y los desplazamientos a la carrera por todo el territorio de los grandes líderes, se produce una verdadera “nacionalización” de los votos, que tienden a eliminar las diferencias locales. ¿Caminamos hacia el fin de la geografía electoral, ahora que los geógrafos están descubriendo en sus investigaciones no sólo *la* política, sino *lo* político?

1. El comportamiento electoral y su espacio.

Lo más frecuente es el estudio de resultados electorales. Este parece ser el que plantea menos problemas prácticos. Se dispone de estadísticas de los votos conseguidos por los diversos partidos, el número de escaños, los porcentajes, las abstenciones, y no queda más que aplicarlas sobre el fondo cartográfico de las circunscripciones. Se dibujan entonces las zonas de fuerza y de debilidad, las áreas de incertidumbre. A este respecto, Portugal ha podido pasar por ejemplo casi perfecto de delimitación político-espacial: poderío del PCP en el Alentejo, hegemonía apenas compartida de la derecha conservadora en el norte (con algunos “islotos en terreno de adversario”, como Viana do Castelo), “sensibilidad” lisboeta hacia las corrientes transformadoras de la vida política portuguesa, espacio cambiante que, a la vista de los sucesivos resultados, no puede presentarse como base electoral del PSP. Este último, por otra parte, es percibido de diferente manera en las dos áreas antes citadas: partido considerado “rojo” en el norte, el PSP recoge en el sur los sufragios de quienes quieren distinguirse del PCP y de sus aliados de la APU. Por añadidura, los contrastes electorales más claros se observan en el campo, donde las transformaciones son más lentas que en las ciudades. En éstas se perciben más rápidamente las corrientes difundidas desde la capital, particularmente en el marco de las campañas nacionales televisadas. En el medio rural, donde las prácticas se basan en el contacto directo con los militares de los partidos, las influencias personales de los candidatos aseguran mayor inercia a la expresión electoral.



EL ESPACIO ELECTORAL PORTUGUÉS

A. Importancia del PCP y de la APU

1. Base del Alentejo y difusión
2. Islote en territorio de la derecha
3. Ciudad obrera e industrial

B. El Portugal de derechas

4. Area de difusión rural

C. Líneas de frente

5. Entre norte y sur: la influencia del PS
6. El aislamiento del Algarve
7. Las metrópolis, o la sensibilidad a las corrientes de opinión según los periodos.

La sucesión de “tomas de vista” con ocasión de cada elección sólo puede servir de soporte a la construcción de un espacio de los comportamientos electorales, pues falta la dimensión histórica, la que muestra cómo se elabora una tradición a través de las prácticas políticas locales. No hará falta recordar que no existen “factores geográficos” determinantes de los votos. El ejemplo, mil veces citado, de André Siegfried sobre el norte francés, donde los votos de derecha se localizan “sobre granito” y los de izquierdas “sobre calcáreo”, se ha podido interpretar en términos de fatalidad; claro está que no geológicos, sino de relaciones sociales en los campos con sus consecuencias electorales.

Se hace, pues, patente la necesidad de remontarse más allá del resultado electoral, de integrar en la duración –larga o corta– las prácticas sociales, de interrogar a las memorias vivientes, de leer el lenguaje de las paredes, de las vallas cubiertas de carteles, inscripciones y murallas. Hay aquí todo un trabajo de investigación que, a diferencia de la elaboración de mapas electorales por circunscripciones, se sitúa en un espacio discontinuo, en el que la acumulación de datos –más cualitativos que cuantitativos– se codea con las zonas de incertidumbre, trabajo apasionante en el que se corre el riesgo de equivocarse, pero también de ver claro. En estas encuestas la toma de partido no es forzosamente un inconveniente. Cabría incluso preguntarse si una neutralidad absoluta (que no hay que confundir con la objetividad indispensable en todo trabajo que quiere ser científico) no llevaría al investigador a pasar de soslayo por lo esencial, por lo vivido por el conjunto de la población. Y no solamente por los electores: el silencio de los que no votan es terriblemente elocuente sobre la relación entre la vivienda individual y la expresión política. En los barrios donde residen muchos parados, en situación precaria, en la pobreza urbana (impago de alquileres, electricidad y calefacción), la abstención es expresión de la exclusión de la vida social reconocida, más que de un desinterés por la política. Aquí también todo un trabajo de análisis de la población abstencionista puede ser de extraordinaria riqueza. Este análisis dará un nuevo relieve a los cálculos de votos respecto al total de electores inscritos, modo de cálculo que evidencia la capacidad de los partidos para movilizar en torno a sus candidatos a una parte de la población electoral, mientras que el cálculo respecto a los sufragios *emitidos* revela la correlación de fuerzas entre partidos.

Así, el espacio electoral debe ser replanteado: los resultados observados constituyen uno de los elementos del espacio político que se elabora en la sociedad local en su relación con el Estado.

2. La sociedad, su estructura y lo político.

Fenómeno que atañe a la práctica social, lo político y sus formas de expresión dependen evidentemente de la estructura de la sociedad. Siguiendo a Durkheim en sus trabajos sobre el suicidio, podríamos vincular los fenómenos políticos a las sociedades locales: así, los cambios políticos estarían ligados a los cambios sociales, por ejemplo, la sujeción a la izquierda de las periferias “rojas” y el poderío de la derecha en los “buenos barrios”. Los múltiples sondeos efectuados sobre muestras representativas ponen de manifiesto las preferencias de voto de los enseñantes o de los obreros, de las mujeres, de los jóvenes, etc. Sin embargo, la aplicación al espacio de las investigaciones correlativas conducen a numerosas paradojas. El ejemplo del “voto obrero” en Francia es clásico y se puede resumir así: los obreros votan más al Partido Comunista que las otras categorías sociales. Por consiguiente, se debería observar los mayores porcentajes del PC en las ciudades y regiones más obreras. Por desgracia, las regiones donde el PCF realiza sus mayores porcentajes son —con la excepción de la periferia parisina— regiones rurales, y muchas ciudades obreras votan masivamente a la derecha, particularmente en las regiones del este y el oeste. Existe, pues, una contradicción entre los datos basados en la muestra nacional y las situaciones observadas localmente. Lo que significa que la dimensión espacial juega un papel en la relación voto-sociedad. Precisamente porque la expresión electoral resulta de prácticas que se elaboran en el tiempo, se puede demostrar fácilmente que la importancia numérica de la clase obrera se explica por una estrategia de búsqueda de “fuentes de mano de obra” como opción de implantaciones industriales en regiones que votan habitualmente a la derecha, con una clase obrera joven (demográfica e históricamente), sin tradición sindical. Recíprocamente, se conserva una memoria obrera en las viejas regiones industriales marcadas por las tradiciones de luchas populares extendidas al conjunto de la población, como en las Cevenas protestantes francesas, donde se acumulan la lucha contra el poder estatal y su represión del protestantismo de los siglos XVII-XVIII, las minas de carbón y la resistencia al nacismo.

Cuando se introduce la necesaria duración histórica en la expresión de las prácticas políticas, se pone al descubierto la evolución de las cohortes, con la entrada en la vida activa y la salida en el momento de la jubilación, según una perspectiva longitudinal, en tanto que los datos estadísticos, suministrados en fechas espaciadas, permiten evaluar una evolución según una aproximación transversal (X % de los obreros en el año A, y % en el año B). Así los obreros jubilados, que “desaparecen” de la contabilidad de los obreros en las estadísticas, siguen formando parte de la clase obrera y pueden conservar su práctica electoral. Sucede lo mismo con el mundo campesino (los políticos lo saben bien cuando en sus discursos reservan a

las cuestiones agrícolas un sitio desproporcionado con el peso de los agricultores activos). Así, por intermedio del hecho político, nos encontramos los elementos de comprensión de las sociedades locales, más allá de la simple estratificación social delimitada por el aparato estadístico. Las investigaciones correlativas y los residuos de las correlaciones entre porcentajes del tal categoría social y votos de tal partido permiten poner de manifiesto las zonas de débil o de fuerte implantación con respecto a los sufragios “esperados” por las formaciones políticas y abren el camino a otras investigaciones que tengan en cuenta los diferentes comportamientos en función del tipo de elección. El comportamiento presenta diferencias notables según que el objetivo sea local (elecciones municipales) o nacional (diputados, Presidente de la República). Y las tendencias: la homogeneización de los sufragios muestra los cambios de la relación con el Estado, que tiende a impregnar los problemas antaño considerados locales.

También hay que considerar la relación entre estructura social y hechos políticos en el espacio en lo que concierne a la geografía social de las formaciones políticas, de sus dirigentes, de sus militares y adherentes, captada en su entorno social. Trabajo ciertamente difícil, que tropieza con no pocos “secretos” de aparato, pero que merece la pena abordar.

3. La construcción de una identidad espacial

3.1. Clase objetiva, clase subjetiva.

No existe una relación mecánica entre la pertenencia de clase y la expresión política, pues no se trata de una relación que venga dada, sino de una construcción forjada en un conjunto de prácticas. A la situación de clase, determinada por el lugar de los grupos en las relaciones sociales, se añade la posición de clase, percibida como tal por los individuos en sus modos de representación. A este respecto, la influencia mayor o menor de la práctica religiosa según las regiones puede ser uno de los elementos que entra en juego en los sistemas de representación. Algunos epígonos de Max Weber han retomado su modelo de la ética protestante y su relación con los valores del capitalismo, haciéndolo extensivo a la práctica religiosa católica relacionada con las preferencias de voto al centro o a la derecha. Pero éste modelo presenta numerosas “excepciones” e incluso contradicciones: a través del compromiso sindical, la vida asociativa “laica” se traduce en posiciones progresistas, mientras que en una gran masa de los practicantes se perpetúa, aunque no sin fluctuaciones, la orientación a la derecha.

Estas identificaciones construidas se proyectan en el espacio y el efecto de localización juega un papel amplificador: así, en los “buenos barrios”, la derecha está más

masivamente representada que su propia base social, lo que significa que personal de servicio, empleados y obreros que viven en las proximidades tienden a identificarse, el día del escrutinio, con el modelo dominante. Pero también puede encontrarse la reacción inversa de enfrentamiento vigoroso, que responde a la desigualdad de la riqueza con un sobremilitantismo monoritario. Recíprocamente, el hecho de residir en un barrio popular, en el caso de las categorías de ingresos más elevados, o simplemente no obreras, puede entrañar posturas distintivas (véase en Francia el voto a la extrema derecha en los barrios populares, en los que cohabitan “nacionales” e inmigrantes, de diferente significado que el más “distinguido” de los barrios burgueses), o una asimilación a la corriente dominante (raramente los alcaldes de ciudades obreras son obreros; a menudo son enseñantes, médicos o autónomos).

La representación política en la esfera local constituye en sí misma un tema de investigación particularmente interesante para captar los movimientos de identificación que pueden entrar en contradicción con la estructura social de la población. Por ejemplo, en una ciudad de rápido crecimiento, con una importante población de reciente instalación, los que se presentan a las elecciones y salen elegidos pertenecen al grupo de los más antiguos moradores de la ciudad, que son los únicos depositarios de su memoria y los únicos conocidos de los recién llegados (comerciantes, miembros de las profesiones liberales). Como puede verse, la situación difiere de la del “notable” o la del “cacique” local que se hace con una clientela.

Otro ejemplo nos es suministrado por la investigación sobre la evolución de la profesión del alcalde en municipios rurales en vías de urbanización. En una primera fase, con frecuencia es un agricultor. El cambio de alcalde, y de profesión, se presenta como el momento a partir del cual el municipio, ya urbanizado, se considera — o más bien sus habitantes, a menudo llegados “escapando” de la ciudad— un municipio urbano y procede a “regularizar” en situación en el plano electoral.

3.2 Otros elementos a tener en cuenta.

Esta noción de identificación espacial apela a una extensión de lo político a los aspectos de la vida social. He evocado brevemente la cuestión de la práctica religiosa. Los grandes debates de 1984 en Francia sobre la escuela privada (y su alimentada confusión con la escuela católica) situaron en primer plano esta relación entre política e identificación con una cultura, con la muy específica “geografía” de los cortejos de manifestantes: en primera fila, bien visibles ante las cámaras de televisión, los políticos de derecha. En la masa, los “padres de alumnos”, de medios sociales diversos, llegados de pequeñas ciudades y pueblos en los autobuses fletados para la ocasión.

El análisis del hecho sindical es igualmente del mayor interés: análisis de sus prácticas, de su capacidad para atraer en la acción a personas que se encuentran fuera de su área de implantación, como, por ejemplo, en las manifestaciones en defensa del empleo y del aparato industrial, en las que casi la totalidad de la población se moviliza tras las pancartas sindicales. El examen del comportamiento electoral sindical, en los casos en que las consultas afectan a una pluralidad de organizaciones, como en España, Italia o Francia, es rico en enseñanzas, con la condición de guardarse de una interpretación "politiquera" que confundiera voto político y voto sindical. En efecto, las relaciones entre sindicatos deben interpretarse en términos de competencia entre organizaciones que se dirigen a la misma clase social (aun si las diversas estrategias llevan a vivas oposiciones), y no, como en un enfrentamiento entre partidos políticos, en términos de representantes de intereses antagónicos. A esto se añade las situaciones concretas que se integran en las interpretaciones (por ejemplo, voto de castigo tras una huelga perdida).

Entre otros temas, se debería citar también los múltiples aspectos de la vida asociativa, los movimientos de defensa de arrendatarios, del medio ambiente, de la calidad de vida, de padres de alumnos, que se sitúan fuera de la esfera del trabajo, pero que se integran cada vez más en la dimensión política. También el deporte y los objetivos enfrentados que suscita (opción municipal: ¿subvencionar al equipo de fútbol profesional o equipar los barrios?). Henos así muy lejos de la simple distribución de los resultados electorales. La geografía de lo político es mucho más que la geografía politiquera. Ayuda a evidenciar el espacio de las representaciones, de las identidades, de los conflictos.

El campo de investigación es, por consiguiente, muy vasto. Y la geografía, lejos de sentirse dominada por la sociología electoral, tiene un papel que jugar. Naturalmente, hablo de otra geografía que la que consiste —¿o consistía?— en considerar sólo las permanencias e ignorar lo que se mueve en las sociedades, aduciendo que no son más que peripecias (con el pretexto de que el el Alentejo se sigue cultivando trigo, y que los alcornoques siguel allí, algunos persisten en reducir el 25 de Abril de 1974 a un episodio que no afectó al Portugal eterno...). En Francia, ha habido que esperar a 1973 para que apareciera una obra geográfica especialmente consagrada a las reformas agrarias (J. Le Coz, *Les réformes agraires*, PUF, 1973), es decir, una obra en la que el centro de interés fundamental es precisamente el análisis de un hecho político que se despliega en el espacio. En este caso, es el movimiento (y no las permanencias) lo que asegura la lógica de la obra. Porque la geografía del hecho político integra la relación con el Estado, toca temas calientes. Trabajar en este sentido es ya una toma de partido: la que consiste en abrir los ojos a lo que se mueve en nuestras sociedades y en su espacio.